

Publicado en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, Buenos Aires, n° 21, 2003, pp. 116-141.

## **El Partido Socialista ante el peronismo, 1950.**

### **El debate González-Ghioldi.\***

**Carlos Miguel Herrera\*\***

La relación del socialismo argentino con los primeros gobiernos peronistas sufrió, como pocos temas de su historiografía, las consecuencias de una posteridad política hecha de divisiones y decadencia a partir de la gran escisión de 1958. En un relato sin demasiados matices, sus vicisitudes convergían y se proyectaban en el *annus horribilis* de 1953, en que la Casa del Pueblo ardió en llamas por obra de grupos instigados desde el poder, si se era favorable al grupo que conservó mayor fidelidad a las tradiciones o, mejor dicho, mayor visibilidad a partir de mediados de los años '60. O como la historia de una incompreensión irremediable ante la nueva realidad de la clase obrera e incluso sobre los verdaderos problemas nacionales, como aseguraban sus críticos, que eran, en no pocos casos, antiguos afiliados del viejo partido.

Un examen más detenido, sin embargo, puede hacer surgir vetas algo opacadas por esas relecturas, enmarcando el momento peronista en una historia más compleja del Partido Socialista, cuyos cauces remontan a los años '30. Sin duda, la llamada polémica González-Ghioldi no es, con todo, un episodio ignorado. Es más, ha sido bastante difundida gracias a algunas publicaciones parciales a partir de los años '60<sup>1</sup>, aunque su lugar exacto en el debate

---

\* Por el apoyo brindado en la búsqueda de materiales para esta investigación, agradezco a Antonio Coccaro y, muy especialmente, a Gabriel Macaggi, Mónica Padró y Fivaller Seras. Hernán Camarero realizó un valioso comentario del texto.

\*\* Profesor de la Université de Cergy-Pontoise, Institut universitaire de France. Carlos.Herrera@u-cergy.fr

<sup>1</sup> José Vazeilles publica un largo extracto del texto de González en su obra polémica *Los Socialistas*, Buenos Aires, 1968, pp. 271-280. También se encuentra en forma más resumida en el difundido y siempre útil trabajo de Alicia Moreau de Justo, *Qué es el socialismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1983, p. 170-172 y 174-175. Los comentarios, hasta lo que conocemos, son de tipo periodístico, y fueron realizados por antiguos afiliados al Partido Socialista, como por ejemplo Oscar Troncoso, «La visión política de Julio V. González», *Redacción*,

de las ideas del socialismo argentino, e incluso el contenido preciso de sus términos, no parecen haber sido explorados.

El teatro inmediato de la controversia fue el 37° Congreso Nacional del Partido, reunido en el Salón de actos de la Casa del Pueblo de la Capital Federal, del 1° al 4 de noviembre de 1950. Aunque el debate promovido por Julio V. González en la Comisión de programa, dentro de la reunión extraordinaria del Congreso, el viernes 3, generó varias intervenciones encontradas<sup>2</sup>, es en los discursos antagónicos de González y Américo Ghioldi que se cristaliza el enfrentamiento de dos posturas sobre la estrategia del partido — de hecho, los análisis de ambos serán editados como folletos separados en ese mismo año<sup>3</sup>—. Si bien los dos contendientes eran miembros del Comité Ejecutivo Nacional, electos entre los primeros, y habían compartido también los primeros lugares en la lista de diputados de la Capital Federal en esos años<sup>4</sup>, la posición de ambos dentro del partido, como así también sus respectivas biografías políticas, eran significativamente distintas, y de algún modo, no son ajenas a la estructuración de los contradictorios puntos de vista.

## **Reforma universitaria y política**

González y Ghioldi había nacido, con pocos meses de distancia en 1899, en la Capital Federal, pero las diferencias entre ellos eran notables. El primero era hijo de «Don Joaquín», el conservador lúcido tan admirado por los socialistas argentinos. Es en aquella Universidad Nacional de La Plata fundada por Joaquín V. González, que el hijo comienza su actuación pública, ligada al movimiento de la Reforma Universitaria, de la que será uno de sus principales dirigentes<sup>5</sup>. En efecto, es secretario del 1° Congreso Nacional Reformista de Córdoba, en julio de 1918, y, un año más tarde, resulta electo Presidente de la FUA, el

---

1977, p. 108-109. Ultimamente, se puede ver una referencia muy rápida en Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, 2001, p. 41.

<sup>2</sup> Para las circunstancias del debate, cf. «El 10° Extraordinario Votó un Magnífico Plan de Acción», *Nuevas Bases*, 15/11/1950.

<sup>3</sup> El texto de González se publica antes del Congreso, con el título *La oportunidad del Partido Socialista. Reflexiones sobre su acción futura* Buenos Aires, 1950, el discurso de Ghioldi aparece posteriormente, con el título de *Los trabajadores, el señor Perón y el Partido Socialista ¿Perón es Progresista o Retrógrado?*, ambos con el sello de La Vanguardia. Los citamos en el cuerpo del texto con las letras O y T respectivamente, seguidos por el número de página. La síntesis del discurso de González en el congreso aparece en *Nuevas Bases*, cit, con el título «Debemos luchar con tácticas propias».

<sup>4</sup> Ghioldi las encabezaba en 1946 y 1948, González ocupaba el tercer y el cuarto lugar respectivamente.

<sup>5</sup> Para la vida de González, ver «Julio V. González llevará a la cámara el impulso de la generación universitaria que trabaja por la Reforma», *La Vanguardia*, 22/3/1940; *Quién es quién en la Argentina*, Buenos Aires, 1943, «Homenaje a Julio V. González» (con textos de A. May Zubiria, J. Peco, F. Sanguinetti y C. Sánchez Viamonte), *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*, n° 3-4, 1957, C. Sánchez Viamonte, *Crónicas de ayer y hoy*,

segundo de su incipiente historia. Graduado de abogado, González profesa historia en el la Escuela Superior de Comercio “Carlos Pellegrini” de la Universidad de Buenos Aires y pasa a ser en 1923, Secretario del Juzgado Federal de la Capital Federal, lo que no le impide entonces continuar con su activa labor de agitador reformista. Cumplirá así una actuación destacada como representante del claustro estudiantil en el Consejo de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, durante el período 1923-1925, y luego una segunda vez entre 1929 y 1930, siendo incluso electo «decano revolucionario» de aquella Facultad tomada por los estudiantes en diciembre de 1929, lo que le valdrá un proceso por usurpación de autoridad. Más oficialmente, había acompañado como secretario a Alfredo Palacios durante el mandato que este había iniciado como Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata en 1922. Palacios, sin duda el dirigente socialista más identificado con el movimiento reformista, había sido promovido por los estudiantes para ocupar ese puesto, y González se sentirá siempre muy cercano a sus posturas<sup>6</sup>. Siempre en esa Universidad, en la que era profesor de «Historia de las Instituciones políticas argentinas» desde 1935, González alentará la oposición al gobierno militar surgido en 1943, y, finalmente, será candidato a su Presidencia en 1945, antes de figurar, un año más tarde, entre los profesores expulsados por la intervención peronista.

Es desde la Reforma que se construye no solo su participación en la vida pública, sino también su ideario político. No era el único reformista que había ingresado al Partido Socialista luego del golpe del General Uriburu : lo hacían en ese momento también Deodoro Roca, A. Orgaz, C. Sánchez Viamonte. Pero González era un pensador de la Reforma, que leía a través de la concepción orteguiana de las generaciones, tal vez su principal teórico<sup>7</sup>. Y además, aquel que presenta mayor preocupación por traducir sus “ideales imperecederos de libertad y redención para los hombres”<sup>8</sup> en política activa. Ya en los años '20 participa en la creación de las empresas que, como la Unión Latinoamericana o la revista *Sagitario*,

---

México, 1971, y «Julio González o ‘el agitador reformista’», in A. Ciria, H. Sanguinetti, *Los reformistas*, Buenos Aires, 1968.

<sup>6</sup> Palacios consideraba que la Reforma había echado las bases de la Universidad nueva. Son los postulados de la Reforma que Palacios se propone realizar al frente del decanato de la Facultad de Ciencias Jurídicas, en momentos, por cierto, que no actuaba más en el PS (había sido expulsado en 1915 y solo se reintegrará en 1930). Cf. A. Palacios, *La universidad nueva*, Buenos Aires, 1945, p. 251. Un Repetto, en cambio, se mostraba reacio a las reivindicaciones más radicales de los reformistas en la universidad, y en particular, de la participación estudiantil en la elección del decano (sobre su postura, ver J. C. Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, México, 1978).

<sup>7</sup> Ver J. V. González, *Reflexiones de un argentino de la nueva generación*, Buenos Aires, 1931. Para su apreciación como leader reformista, ver F. Sanguinetti «El reformista», *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*, cit. ; A. Ciria, H. Sanguinetti, «Julio González», cit.; J. C. Portantiero, *Estudiantes y política*, op. cit., p. 84-85.

constituyen, desde La Plata, las voces del reformismo como movimiento político y cultural “social y socialista”. En una célebre conferencia en la Facultad de Medicina de la UBA, en septiembre de 1927, González llamará públicamente a la formación de un Partido Nacional Reformista que haga «de la universidad la matriz de la nueva conciencia de la nación». Para él, «la nueva política que ha creado la Reforma Universitaria se asienta sobre la base de los valores de la cultura y está penetrada de ella, precisamente por haberse gestado en la universidad reformista». Sin duda, su modelo inmediato es aquí el APRA peruano aunque, ante el estruendoso fracaso de su llamamiento, dirá luego que obraba más como «un partido ideal, una especie de República de Platón, desde luego irrealizable». Empero, su convocatoria originaria, en la que subraya la desesperación de lo que define como un “llamado a la realidad”, preveía entonces la participación inminente en los comicios nacionales, aunque con un programa más bien limitado a la Universidad<sup>9</sup>.

La Reforma constituía, para González, «el más grande movimiento emancipador de la inteligencia que ha conocido el país y América». No es casual que el aspecto más trascendente de su corta labor parlamentaria sea — junto a de la defensa de la nacionalización del petróleo y las denuncias de la corrupción del PE —, la proposición de una ley universitaria, presentada en 1941<sup>10</sup>. En esa ocasión declaraba también «como legislador, soy reformista y como reformista soy legislador. Mi banca ha de ser, mientras la ocupe, una tribuna para la Reforma Universitaria». Si se los toma en clave positiva, los tres componentes ideológicos que definen, según Portantiero, definen el accionar del ala más avanzada de la pequeña burguesía latinoamericana — el humanismo utópico, el socialismo liberal y el nacionalismo — perviven en González cuando ingresa al socialismo argentino a principios de los años ‘30.

González afirmaba que los reformistas eran reacios a la política. Pero lo suyo era ante todo la descripción crítica de un hecho, no su aceptación. En la segunda mitad de los veinte, desde las páginas de *Sagitario*, llama a los reformistas a ingresar en los partidos políticos “para procurar ponerlos al servicio de la ideología de la Nueva Generación”, aunque no dejara de juzgar a aquellos como “malos y peor orientados”. Pero “mientras la Nueva Generación elabora el pensamiento, los políticos hacen, manejan y transforman las instituciones”<sup>11</sup>. En su caso, era más que una arenga a dejar la abstracción: había incluso ingresado, en 1922, al

---

<sup>8</sup> J. V. González, «Significación social de la Reforma Universitaria» (1923), en *La Universidad. Teoría y acción de la Reforma*, Buenos Aires, 1945, p. 117.

<sup>9</sup> J. V. González, «El Partido Nacional Reformista», *Sagitario*, 1927, n° 9 (septiembre-octubre), p. 436 et sq. El texto será reeditado en vísperas de su ingreso formal al PS, en 1931. Cf. *Reflexiones de un argentino ...*, op. cit.

<sup>10</sup> Cf. J. V. González, *La Universidad*, op. cit., p. 307-360.

Partido Demócrata Progresista — militando en la Juventud de la Provincia de Buenos Aires y redactando una profesión de fe que llama a una Convención nacional reformadora —, un antecedente que a no siempre recordará<sup>12</sup>. En ese sentido, y contrariamente a lo que a menudo se afirma, su preocupación política antecede la crisis producida por el golpe militar de Uriburu, aunque solo después de la crisis institucional de la democracia pueden aceptar el sufragio como expresión de voluntad social. Al socialismo recién entra en 1932, en el mismo período que lo hace, como hemos visto, todo un conjunto de destacados reformistas, lo que explica en parte la desconfianza con la que es mirado en el seno del partido. En efecto, pese a ocupar uno de los primeros lugares de la lista de diputados de la Capital Federal en las elecciones de 1940, *La Vanguardia* no dejaba de ubicarlo dentro de los «valores nuevos»<sup>13</sup>.

Lo era, por cierto, cuando se lo compara con el *cursus honorum* de aquel que encabezaba esa misma lista de diputados, y sería su contendiente una década más tarde. Américo Ghioldi, había ingresado al Partido Socialista en 1917, recién recibido de maestro y después de haber militado ya en sus juventudes. Profesor normal, hará de la educación, en sus primeros niveles, una de sus principales preocupaciones teóricas y prácticas. En 1925 es electo concejal por la Capital Federal y pasa a integrar también la estratégica Comisión de prensa del Partido. En 1932 inaugura una década ininterrumpida en la Cámara de Diputados, siendo secretario del bloque, y dando solidez a su fama de gran orador. Sobre todo, desde finales de los años '30, Ghioldi aparece, tras la patriarcal figura del «maestro» Repetto, como el dirigente más influyente del Partido. Desde las columnas de *La Vanguardia* — que había comenzado a dirigir por primera vez en 1925, y de manera ininterrumpida a partir de 1942 —, o de los otros medios oficiales del partido que se suceden a partir de 1948, sus análisis de la situación nacional, su visión del rol del Partido, comienzan a orientar la política del PS.

En ese período clave de recambio del equipo dirigente, por la muerte, la enfermedad o la edad de la generación socialista que se había formado alrededor de Justo, la figura de Ghioldi destacaba por su integralidad. Era un intelectual formado en el rigor del trabajo teórico, y particularmente versado en marxismo, que interpretaba en clave historicista y humanista. Pero era también un organizador eficaz, dotado de una gran capacidad de trabajo, dueño de una oratoria admirada, amén de escritor prolífico. Cualidades que lo hacían también

---

<sup>11</sup> J. V. González « Política », *Sagitario* 1926, n° 7 (octubre-noviembre), pp. 7-8.

<sup>12</sup> Afirma así que «ninguno [de los dirigentes reformistas], desde el '18 al '30, nos hallábamos enrolados en los partidos. Cf. «Vigencia de la reforma universitaria y la lucha contra el totalitarismo» (1941), en *La Universidad*, *op. cit.*, p. 147.

<sup>13</sup> De hecho, este fue su único mandato como diputado (contrariamente a lo que afirma Portantiero, *Estudiantes y política*, *op. cit.*, p. 84). En 1938 había sido candidato a Concejal por la Capital Federal, postulación que lo lleva a abandonar su cargo en la magistratura.

un adversario temible en la polémica, como se verá en 1950. De hecho, el juicio de Ghioldi sobre la Reforma no solo era lapidario; es difícil no ver incluso un ataque directo a González, cuando sostenía en los años treinta : «una excesiva valoración de aquel movimiento hizo creer a algunos de sus más limpios gestores, que había sonado la hora de la «nueva generación», nacida en 1918. Debía traducirse en una política. (...) es evidente que aquel movimiento no ha ejercido definida influencia creadora ni entre los mismos universitarios, aunque justo es reconocer la obra negadora e iconoclasta realizada a favor de la demolición de la vieja universidad ».

### **Totalitarismo e incapacidad de las masas**

Si en algún punto podía medirse la influencia creciente de Ghioldi era en el establecimiento de la variable del antitotalitarismo como eje central de la política del Partido. La Guerra mundial ocupaba, salvo en caso de comicios nacionales, las primeras páginas *La Vanguardia*, donde incluso se comentaban, con precisión diversa, las vicisitudes militares de los campos de batalla. El alistamiento antifascista recorría todo el arco de la izquierda, del radicalismo al comunismo, pero en el caso del socialismo, esta lucha contra el totalitarismo a escala mundial podía entroncar con la vieja prédica de las virtudes cívicas y republicanas en el plano nacional, una convergencia ya visible a comienzos de los '30, pero que se consolidará en la oposición al gobierno de Manuel Fresco en la Provincia de Buenos Aires, primero, y al «neutralismo» del presidente Ramón S. Castillo, después.

La línea antitotalitaria no hará más que profundizarse a partir del golpe del 4 de junio de 1943. En septiembre de aquel año, el Comité Ejecutivo Nacional del PS eleva un memorandum al Presidente Ramírez en el que se expresa, todavía con suma cautela, la preocupación del partido por el aislamiento internacional argentino, que «nos ha creado una situación moral insostenible». Pero ya a fines de ese año la política de lo que los socialistas comienzan a llamar «dictadura nazi-onalista» se endurece, en particular con la consolidación del estado de sitio, la disolución de los partidos, y la imposición de la censura, todas medidas que tocan especialmente al partido en 1944, que sufre las detenciones de Ghioldi y Solari y el exilio de Repetto y Palacios, seguido, poco después, de la clausura de *La Vanguardia*.

La política de captación sindical impulsada por el Coronel Perón desde la nueva Secretaría de Trabajo y Previsión — y a la que los dirigentes gremiales cercanos al PS, ya fragilizados por una división de la CGT que los cuenta en ambos sectores, no eran los menos sensibles —, agravará estas perspectivas. En julio de 1945, el éxito de esa política en el

movimiento sindical se torna evidente, y es un antiguo dirigente socialista de la Confederación general de empleados de comercio, Angel J. Borlenghi, quien hará pública la adhesión de los gremialistas a la política del gobierno<sup>14</sup>. Y cuando Borlenghi afirmaba en su discurso que «el movimiento sindical tiene el deber de obtener todas las mejoras que pueda en beneficio de los trabajadores, sin tener en cuenta el regimen de gobierno ni los hombres que lo desempeñan»<sup>15</sup>, no rompía del todo, al menos en el plano formal, con la línea de la autonomía gremial que había promovido el PS en los años previos. Los sectores socialistas realizarán una última ofensiva para rescatar los sindicatos de la influencia del peronismo, impulsando, en septiembre de 1945, la desafiliación de la CGT de *La Fraternidad*, seguida de otros gremios como los textiles y el sindicato del calzado. Pero el apoyo mayoritario de los sindicatos al proyecto peronista parecía volverse irreversible.

De todos modos, una semana después del 17 de octubre, y como el resto de las fuerzas de izquierda, *La Vanguardia* califica las movilizaciones que habían convergido en la Plaza de Mayo como un candombe, una murga — expresiones que popularizará entonces — separando a los manifestantes pro-Perón de la «clase obrera organizada y esclarecida». «Ahora — escribía Ghioldi en su editorial —, avergonzados y entristecidos, hemos descubierto que había un fondo de primitividad y miseria listo para ser utilizado por caudillos militares». Se establecía así dos categorías que seran operativas de aquí en más : el obrero-lumpen, que, sensualizado, buscaba con ritos carnavalescos la satisfacción inmediata de sus necesidades, y el obrero-ciudadano, cuya consciencia de clase no le impedía trabajar «por el mejoramiento de las condiciones sociales y políticas del país». Durante el proceso de crisis abierta que se había desarrollado durante todo ese año '45, el PS había resumido su política nacional a exigir, juntos con los demás partidos «constitucionales», la entrega del gobierno a la Corte Suprema de Justicia para organizar comicios libres. Su oposición electoral a la candidatura presidencial del General Perón terminará de fundir sus especificidades — ¿ las había ? — en la Unión Democrática, de la que incluso Repetto reivindicaba la paternidad de la idea.

En 1947, ya no se trataba de un gobierno fuerte, personal y dictatorial. Desde las páginas del *Anuario Socialista — La Vanguardia*, que había alcanzado un tiraje de 300.000 ejemplares en 1945, había sido clausurada nuevamente unos meses antes —, Ghioldi dictaminaba : «hemos entrado en el mal totalitario». La sorpresa ante los triunfos cada vez

---

<sup>14</sup> Para la reconstrucción del conjunto del proceso, ver S. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina* (1967), Buenos Aires, 1985, p. 94 y sq. ; M. Murmis, J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1971, p. 94 y sq., p. 102-103 ; H. Matsushita, *Movimiento obrero argentino 1930/1945*, Buenos Aires, 1983, p. 257 y sq. ; J. C. Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1990.

más concluyentes del peronismo entre 1946 y 1948, la certeza que ya no se trataría de una breve experiencia, sumado a las detenciones, torturas y asesinatos de militantes socialistas llevaban a una caracterización más definitiva. Pero si algunos elementos del totalitarismo despuntaban en el Estado peronista, Ghioldi iba a esencializarlos, absolutizarlos, privándose, sobre todo, de otra forma de acción<sup>16</sup>. En consecuencia, ya no cabían más dudas que la lucha antitotalitaria era «el único método serio, responsable y efectivo» no solo para alcanzar la democracia, sino también para asegurar la marcha al socialismo, como lo escribe Rómulo Bogliolo, una de las principales cabezas teóricas del partido, en ese mismo año. No solo la línea de lucha antitotalitaria se absolutiza ante «el fascismo criollo», sino que aparece ahora potenciada por una segunda coordenada: «la incapacidad de la masa popular», — según la fórmula del mismo Bogliolo en aquel diciembre de 1946 —, y que se tornará cada vez más central en los análisis de los principales dirigentes del PS.

Madurez y elevación de la clase obrera eran dos coordenadas centrales del accionar del socialismo desde Justo, pero cobraban una nueva significación ante el fenómeno peronista, ya que, como afirmaba Ghioldi, «cuando el pueblo, apegado a la potencia de las fuerzas primitivas que lo animan, se niega a tomar consciencia de la complejidad de los problemas y a crear una posición histórica autónoma, termina por convertirse en instrumento ciego de caudillos y tiranos»<sup>17</sup>. El síntoma más notable era que el Partido Socialista se encontraba, luego de décadas, sin legisladores en el parlamento nacional, el canal privilegiado de la acción política de un partido que buscaba «modificar las relaciones de propiedad por vía legislativa o gubernativa»<sup>18</sup>. Si «la suma de virtudes de su pueblo trabajador, industrioso y estudioso» encabezaba la valoración argentina del PS en 1943, los triunfos electorales del peronismo, la adhesión de los sectores obreros mayoritarios a su proyecto en la segunda mitad de los '40, generaban ahora públicas reticencias sobre la existencia de esas cualidades, o al menos de su pervivencia.

En verdad, esta línea de análisis no era única y conocía matices, al menos en los inicios del gobierno peronista. En su celebre discurso de 1947, «El Partido Socialista

---

<sup>15</sup> Citado en J. C. Torre, *op. cit.*, p. 110.

<sup>16</sup> En verdad, para determinar la naturaleza fascista del peronismo, Ghioldi se limita a las formas exteriores del totalitarismo, sin analizar la profundidad o la amplitud de esos razgos. Su uso, es polémico más que analítico. Pero es el concepto de totalitarismo que le permitirá pasar del antifascismo a la defensa de la civilización occidental en los años posteriores.

<sup>17</sup> A. Ghioldi, *Alpargatas y libros en la historia argentina*, Buenos Aires, 1946, p. 43.

<sup>18</sup> R. Bogliolo, *Qué es, qué quiere el Partido Socialista*, Buenos Aires, 1946, p. 22. Pese a una disminución constante de sus representantes a medida que la abstención radical iba desapareciendo, el PS contaba aún con casi una veintena de legisladores en ambas cámaras en el momento del golpe militar de 1943, luego del gran triunfo de 1942 en la Capital Federal.

Argentino y el Presidente de la República», Palacios prefería insistir sobre el personalismo del General Perón más que en los defectos de sus seguidores en la clase obrera. Si hablaba de «algunos trabajadores engañados por la demagogia», también afirmaba confiado que «los obreros conocen nuestra obra». También Sánchez Viamonte hablaba de «una voluntad social» que afloraba de manera confusa desde las entrañas del pueblo como voluntad de mejoramiento y que el peronismo lograba captar con demagogia. Y el mismo Ghioldi podía, en sus editoriales de *La Vanguardia* previos a octubre de 1945, reconocer al entonces coronel Perón «una obra no exenta de interés, no importan los motivos y las circunstancias por las cuales las concibió» en materia de justicia social<sup>19</sup>. Todavía en 1946 Ghioldi analizaba el triunfo del peronismo como un simple brote rosi-totalitario, un mero accidente. Para él quedaba claro que el mundo marchaba hacia la izquierda, aunque en su enfoque concreto le diese prioridad al programa democrático. También entonces podía asegurar aún que «el sentimiento de libertad» había crecido en nuestro pueblo. De hecho, sus primeros juicios sobre la adhesión de las masas al nuevo régimen oscilan entre una victimización — siendo como son el objeto de la ambición de los caudillos —, y un diagnóstico de inmadurez, de inconsciencia más o menos culpable sobre el proceso evolutivo y su propio valor<sup>20</sup>. Pero ya en la estructura misma del razonamiento de Ghioldi estaban los gérmenes de la condena. En efecto, si la conciencia del pueblo es indispensable para que este no entre en regresión, un régimen totalitario es en buena medida su responsabilidad, o al menos la de sus masas ígnaras, máxime cuando Ghioldi, teniendo siempre presente la experiencia del fascismo italiano, insiste en el rol primordial que tiene el apoyo de las masas para su mantenimiento<sup>21</sup>. Si el régimen totalitario peronista concitaba el apoyo mayoritario de las masas argentinas, estas no podían ser más que (mayoritariamente) atrasadas.

González no había sido, durante esos años '40, un opositor a la línea politico-partidaria que ponía el énfasis en la lucha cívica y antitotalitaria. En 1941 declaraba que la única forma de lucha que cabía en la hora totalitaria era el combate por la libertad y la democracia. En otro importante discurso, dos años más tarde, — y dirigido, una vez más, a los estudiantes universitarios reunidos en la FUBA —, González reafirmaba la lucha contra el totalitarismo como la tarea de la hora, ya que de su victoria dependía el porvenir de la

---

<sup>19</sup> A. Ghioldi « ''La Vanguardia'', los socialistas y el coronel Perón », (6/3/1945), en *Palabras a la nación a través de los editoriales de La Vanguardia*, Buenos Aires, 1945, p. 258.

<sup>20</sup> Ver A. Ghioldi, *Alpargatas y libros...*, cit., p. 20 y sq.

<sup>21</sup> *Ibidem*, especialmente p. 23-26 : «cuando las masas, ilusionadas por un plato de lentejas, precario y fugaz, se atan al nazismo, al fascismo, al franquismo y a todas las formas de dictadura, sobreviene finalmente el desastre».

humanidad<sup>22</sup>. Mal podía oponerse cuando ya hacía pasar la línea divisoria entre la segunda Generación del '80 — aquella que definía como «organizadora» y en la que situaba a su propio padre — y la «Nueva Generación» — «eliminadora y no cumulativa», cuya matriz era la Reforma —, por la imposibilidad de la primera en conducir políticamente — es decir, democráticamente —, a las masas desposeídas, para las que esos hombres habían generado, sin embargo, una importante obra cultural con la creación de «escuelas, colegios y universidades». Es por eso también que extirpar el fraude, moralizar la vida pública eran para él las principales tareas en esos años, ya que, afirmaba, «así como la libertad define a la democracia, porque es su principio inconcuso, el sufragio o derecho electoral define a la libertad, porque es el único medio legal de hacerla efectiva»<sup>23</sup>.

Más aún, el modelo de acción «educacional» que el Partido Socialista había desarrollado desde Justo — la «política científica» — era también compartido por González, e incluso se veía fortalecido por su concepción política general, que insistía sobre las virtudes republicanas de una élite educada y educadora. No es casual que hubiera promovido un «concepto orgánico, definido y científico de la política» ya en su anterior experiencia partidaria. Para González, «la función cultural» era el «factor esencial y principio normativo» del partido. En ese sentido, la educación democrática, por un lado, y socialista, por el otro, eran los medios para la conquista del poder<sup>24</sup>. Su definición de la función social de la universidad podía ser trasladada sin esfuerzo a la del PS: formar «la conciencia del pueblo trabajador, a fin de que él pueda actuar debidamente, dado su condición de grupo social, en el juego de los sectores que la lucha por la subsistencia tiene planteado en el seno de la comunidad, para que pueda saber si su movimiento reivindicatorio responde a una realidad histórica, social y económica, o si él no entraña más que un error, un absurdo o una utopía»<sup>25</sup>. No por nada su futuro contendiente insistía desde siempre en la tarea civilizadora de la lucha de clases, sin temer parangonar la obra asimiladora del partido y sus órganos con ... la escuela primaria<sup>26</sup>. En una situación de debilidad política de la clase obrera, aun en el seno del PS, la construcción de una contra-cultura terminaba dando un lugar determinante al partido-maestro. El PS aparecía entonces como un «director de la acción»,

---

<sup>22</sup> Ver, respectivamente, «Vigencia de la reforma universitaria y la lucha contra el totalitarismo», cit., p. 161, y *Proposiciones para una Empresa Nacional de la Juventud Argentina*, Buenos Aires, 1943, p. 7.

<sup>23</sup> J. V. González, *Democracia, sufragio y socialismo*, Buenos Aires, 1935, p. 4.

<sup>24</sup> J. V. González, *Universidad Popular Socialista*, Buenos Aires, 1935, p. 14. Si entonces González juzgaba que la acción del Partido no había logrado en el plano socialista lo alcanzado en el plano democrático, consideraba que la organización de una auténtica universidad popular socialista cubriría ese déficit.

<sup>25</sup> J. V. González, «Extensión universitaria», *Sagitario*, n° 7, cit., p. 42.

<sup>26</sup> A. Ghioldi, *El socialismo en la evolución nacional (apuntes de un curso)*, Buenos Aires, 1933, p. 31. En el mismo sentido, *Partido de los trabajadores y escuela de orientación intelectual*, Buenos Aires, 1937, p. 15-16.

ya que « conoce » — como lo afirmaba Bogliolo — « esa verdad » (científica) que dice que el desarrollo técnico conduce al socialismo. En el marco « de ese claro y preciso concepto evolutivo del progreso histórico, el Partido Socialista actúa con firmeza para formar la mentalidad general capaz de conciliar el esfuerzo colectivo, la solidaridad con la libertad individual ». Pero « cuando no se tiene la capacidad y la energía suficientes para ver y comprender esa marcha de los acontecimientos, pueden producirse fenómenos capaces de alterar el ritmo y el sentido de la misma : el fascismo y el nazifascismo »<sup>27</sup>. El error y la ignorancia, subraya Ghioldi, traen el fascismo. Si el pueblo « inconsciente » de las necesidades históricas, como afirma en 1946, retrasa el progreso histórico, el error se encuentra en los educandos-obreros, no el partido-maestro. Pero en cualquier caso, una visión educativa de la política no implicaba en el reformista González la omnipotente sapiencia del maestro — ¿ la misma que podía llevar a Ghioldi a sostener algunos años más tarde, aprobando la represión del sublevamiento del general Valle, « la letra con sangre entra » ? —<sup>28</sup>. El partido-maestro ejercía siempre su magisterio, pero no podía continuar con su método ante los cambios de situación de los educandos-obreros, a riesgo de girar en el vacío, con vanas pretensiones de tutor.

El valor de las posiciones de González, como veremos enseguida, pasa por insistir sobre los cambios sociales que se estaban produciendo en el país. En efecto, detrás de las alteraciones políticas que había producido el golpe militar de Uriburu y el desarrollo del totalitarismo en Europa, González entreveía otras transformaciones, dándole a la línea antitotalitaria un horizonte que la desbordaba. Cuando a principios de los años 1940 alertaba sobre el hecho que ningún pueblo podía salvarse del « proceso reestructivo de postguerra », no se trataba sólo del problema de la participación de la Argentina en las conferencias y arreglos de la posguerra — una preocupación muy fuerte por entonces en el Partido y en el mismo González —, sino en el nuevo modelo social que surgiría, y del que el Plan Beveridge le parecía ya un síntoma importante. Para González, el fin de la guerra produciría el clima propicio para realizar los ideales de la Generación del '18<sup>29</sup>.

### **Incapacidad del Partido y oportunidad histórica**

---

<sup>27</sup> R. Bogliolo, *Qué es, qué quiere ...*, cit., p. 19-22 y *Socialismo, libertad, dirección*, Buenos Aires, 1946, p. 9.

<sup>28</sup> De manera menos brutal, sostendrá en 1956 que solo por obra del conocimiento, de la ciencia se podrá rescatar a la masa peronista para la democracia. Cf. A. Ghioldi, *De la tiranía a la democracia social. Cayó la dictadura, ahora qué ?* Buenos Aires, 1956.

<sup>29</sup> Cf. « Vigencia de la Reforma universitaria », cit., p. 155.

Es ligado a su análisis del contexto social que las ideas de González en 1950 cobran su valor. González no descollaba como teórico del socialismo, y los fundamentos de su socialismo tenían que ver más con Echeverría que con Marx, del que parece tener solo esquemas muy generales – lo contrario de Ghioldi, que buscaba enraizar sus análisis del peronismo en el marxismo, como forma, ante todo, de cortar las bases del ala izquierda que lo criticaba ya fuertemente –.

Tampoco el impulso de la autocrítica no representaba en sí mismo un gesto enteramente nuevo en el seno del PS: después del desastre electoral de febrero de 1946 empiezan a multiplicarse los textos en ese sentido, pero sin poner en dudas la dirección política del partido, más bien justificando su núcleo<sup>30</sup>. Pero las críticas comienzan a orientarse también hacia la política de oposición al peronismo en el plano sindical. El fracaso en las elecciones parlamentarias de marzo de 1948 amenazaba con extender los ecos de la protesta a la política general del Partido. El 36° Congreso ordinario, reunido en junio, a la par que realiza una serie de reformas de la carta orgánica, consolida la línea política del antifascismo en sus resoluciones. Su primera expresión política es, seis meses después, el llamado a votar contra la « reforma fascista de la constitución » en las elecciones constituyentes de diciembre, ante lo que llama el fraude pre-comicial, dado por la supresión de las libertades. El manifiesto del Comité Ejecutivo del 28 de octubre de 1948 — el programa que Ghioldi reivindicará a lo largo de esos años — condensa la política del PS ante el peronismo. La caracterización del régimen como fascista impide « clasificar este detalle u otro del gobierno y separarlo de éste o aquellos considerados como malos, sino ir al fondo del problema y reconocer que toda la gestión se realiza por medios de opresión y absolutismo ». Y en esto es fundamental la actitud de la clase trabajadora — no solo de los gremios —, ya que « la clase trabajadora no supo separar el grano de la paja, ver la realidad tras la apariencia demagógica. No entendió el mecanismo de la nueva explotación, ni vió la red tendida por los representantes de la opresión (...) », sin hablar de la amenaza para la libertad. Si la reforma constitucional peronista hace consolidar la línea del antifascismo, hacía emerger también la contestación en el seno del partido: por un lado, un grupo de militantes que critican la oposición sistemática y cerrada al peronismo, oponiéndose a la abstención en las elecciones constituyentes, y que terminan entrevistándose con Perón, antes de ser expulsados en diciembre de 1948. Por otro lado, surge una autotitulada « Ala Izquierda del Partido Socialista (AIPS) » insistía sobre la necesidad de seguir luchando por las reivindicaciones de la clase obrera, trabajando en los sindicatos.

---

<sup>30</sup> Para un primer panorama, ver J. Vazeilles, *op. cit.*, p. 49-51.

Ambos tiene en común el denunciar la situación de impotencia del Partido y el divorcio de la clase obrera con su política<sup>31</sup>.

El planteo de González retoma esa inquietud y pone como eje «la incapacidad del Partido para penetrar en la masa trabajadora» [O, p. 5]. Ya en un artículo aparecido en 1948, cuyos párrafos desarrollará dos años más tarde, databa los problemas del partido en la década del '30<sup>32</sup>. En ese sentido, el problema era para él mucho más antiguo que la captación de las masas por parte del régimen peronista y, sobre todo, se originaba en la propia política del partido, que sin haber dejado nunca la defensa jurídica de los trabajadores en el Parlamento, se concentró en exceso en el terreno propio a los partidos de la burguesía, dándose como tarea la de corregir sus vicios, y moralizar sus instituciones [O, p. 23, p. 30]. Esta óptica particular debe ser subrayada, porque, en la réplica que le dirigirá durante el Congreso, Ghioldi ignorará abiertamente esta premisa, construyendo su contra-argumentación como si su oponente hubiese sostenido que era el peronismo el que habría hecho inactual el programa y el accionar socialista. Para González, el peronismo era un síntoma de la crisis del partido, pero de ningún modo su causa.

Es por ello que el núcleo de su análisis no pasa tanto por determinar la naturaleza del peronismo, como a veces se ha dado a entender — de hecho, la ausencia de un examen del fenómeno peronista será uno de los principales reproches que le dirigirá Ghioldi [T, p. 22] — sino por criticar la actitud del PS. Ni siquiera su caracterización del peronismo es radicalmente diferente de la del resto del partido: para González se trata de una «dictadura», y se sostiene con el apoyo de parte de los trabajadores, «habilmente fraguado y magnificado» desde el poder, aunque prefiera seguir calificando de «ambigua» la obra de justicia social del peronismo más que condenarla sin reparos [O, p. 22]<sup>33</sup>. Y sin dejar de subrayar el cercenamiento de las libertades civiles y sindicales, tampoco le adjunta el mote de «fascista» o totalitarismo, como era usual en los documentos partidarios. Pero la diferencia es real en

---

<sup>31</sup> El Comité Ejecutivo Nacional, al mismo tiempo que expulsaba a los militantes favorables a aceptar el «hecho» peronista, denunciaba la acción «comunizante» de la AIPS, que será finalmente expulsada poco después. Cf. *El Socialista*, 28/10/1948 y 14/12/1948, y «Declaración», AIPS, enero de 1949.

<sup>32</sup> J. V. González, «El Programa del Partido Socialista», *El Socialista*, 14/9/48 (n° 10) y 28/9/48 (n° 11). Este texto, que anticipa párrafos enteros del discurso de dos años después y contiene las tesis de fondo de González, tiene un tinte algo más abstracto, concluyendo

<sup>33</sup> En un acto en Baradero, por el 1 de mayo del año anterior, Gonzalez exclama «en este primero de mayo ya puede afirmarse que estamos al final de la gran aventura del gran demagogo. El paraíso de la justicia social, prometido hace apenas tres años a la clase trabajadora, ha venido a parar en su miseria y esclavitud de siempre, en la consolidación del régimen capitalista. Los hechos nos demuestran que, tras la más cara del redentor de los oprimidos, se oculta el más formidable defensor de los opresores que haya tenido el país en su historia» (*El Socialista*, 10/5/1949, p. 4). En un tema central para González, el del petróleo, juzgaba a Perón muy duramente, en la continuidad de la década infame, por su repudio a la nacionalización (Cf. J. V. González, *Nacionalización del Petróleo*, Buenos Aires, 1947, p. XXI).

cuanto al lugar dado a la oposición al peronismo dentro del programa de acción del partido. En todo caso, el desapego de la clase obrera por el PS no era únicamente producto de la demagogia y las dádivas del populismo — que él databa ya de Yrigoyen, al que González se había vigorosamente opuesto desde la Universidad —, sino también de la atracción ejercida por los comunistas u otros grupos obreristas. Y la demagogia practicada desde el peronismo no hacía blanco solo en los obreros, ella alteraba también «el orden de valores en que descansaba el sistema económico, social y moral de la burguesía» [O, p. 32]. Esa «ínfima cultura cívica», en última instancia, no era una tara propia de los trabajadores, sino de toda la sociedad argentina [O, p. 24]. La clase obrera argentina constituía para González no solo el sector mayoritario de la población, sino también el que «acusa el mayor sentido de homogeneidad, de organización y de conciencia de sus comunes intereses» lo que marca una clara ruptura con las voces del partido que denunciaban su incapacidad o su perversión. Lo que le interesaba subrayar, como podemos ver, era el aumento de la gravitación de la clase obrera en la estructura social del país, independientemente del apoyo dado al régimen peronista [O, p. 31]. Hablará incluso, en 1950, del «sentido realista de las masas», que las hace sensibles a la búsqueda de un bienestar inmediato, sin que ello implique para él un juicio directamente negativo.

Era, pues, la reconquista de esa clase obrera que debía ser la tarea del socialismo argentino. Esto no permite suscribir sin más la tesis de un ultra-izquierdismo de González, como se ha sostenido alguna vez, máxime que no profetiza un derrumbe inminente del capitalismo. Su modelo proclamado es la Inglaterra laborista, y González no deja de abonar su discurso de citas del Primer ministro Clement Attlee (amén de las inevitables referencias a Justo y Repetto)<sup>34</sup>. No se trata, sin embargo, de una mera estrategia discursiva: González sostiene que la revolución debe ser legalista y democrática, asumiendo de manera expresa su oposición al camino «violento» del comunismo. Y este método socialista, basado en la legalidad y la libertad, condicionaba los fines del Partido [O, p. 29]. Pero ello no implicaba olvidar la diferencia fundamental entre los partidos democráticos y los socialistas, que pasa por la sustitución del sistema capitalista por un sistema socialista de producción [O, p. 15]. Si el partido confunde el medio democrático con el fin socialista, llega a una desnaturalización de sus fines, convirtiéndose en un partido reformista liberal que sostiene el régimen capitalista

---

<sup>34</sup> De hecho, la experiencia laborista inglesa, comenzada con mucho optimismo en 1945 y que se prolongará hasta 1951, se convierte en un modelo ideal de transformación social para los socialistas argentinos, como alternativa social ante el comunismo soviético, el liberalismo y el totalitarismo fascista. Ver, por ejemplo, N. Repetto, *Gran Bretaña Laborista*, Buenos Aires, 1950 y A. Ghioldi, *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la realidad argentina de hoy*, Buenos Aires, 1950.

con paliativos y retoques [O, p. 17, p. 27]. En particular, la planificación, de la que se hace eco en su discurso, significaba renunciar «a recibir las sobras en la distribución y goce de los bienes», para alcanzar la socialización de los medios de producción. Tampoco aquí González rompe radicalmente con las ideas del grupo director del partido y es por ello que en la versión publicada previamente al Congreso podía incluir el proyecto de COPLAN que R. Bogliolo había presentado en la Cámara de Diputados en los años '30 como un antecedente partidario a su posición. En efecto, para González, esta nueva etapa del socialismo implica, en el plano teórico, abandonar la reflexión filosófica sobre los fundamentos y volcarse al estudio concreto y práctico de la planificación socialista [O, p. 28], en el mismo momento que Ghioldi llama al estudio de la filosofía del derecho para recuperar la base ética del Estado.

En definitiva, se trata para González, como él lo subraya durante el Congreso, de un problema de método, específico al PS argentino. González marca con acierto la monopolización de la lucha cívica en el partido, su «campana civilizadora» — resumida en el slogan electoral «manos limpias y uñas cortas» —, que le había hecho perder de mira sus fines específicos. No era, en verdad, la primera vez que el debate se planteaba en estos términos en el seno del PS. Ya en el 22º Congreso de Santa Fé, en 1934, el grupo Izquierda — que contaba entre sus voceros al mejor amigo de González, Sánchez Viamonte —, había avanzado también la idea que la reducción de la política del Partido al programa mínimo desnaturalizaba su acción y lo llevaba a un callejón, aunque aduciendo entonces, para mostrar el agotamiento de esa política, que la misma orientación de los partidos socialdemócratas alemanes y austríacos no había impedido el triunfo del fascismo en sus respectivos países. También entonces, aquella vez por intermedio de Repetto, estas posiciones eran calificadas de simplistas y abstractas, y Ghioldi había sido uno de los portavoces más virulentos contra los disidentes<sup>35</sup>. Lo que resultaba novedoso en el planteo de González era la relación de causa a efecto que establecía entre esa política de «monitor de la burguesía para el perfeccionamiento de las instituciones representativas» y su fracaso ante el movimiento obrero.

Para ello había, sino una razón nueva, al menos una situación distinta en 1950, subrayada con énfasis por González: la obra del peronismo era la prueba que la política de realizaciones inmediatas, basada en la legislación social, ya se había cumplido al máximo dentro del capitalismo, lo que significa, en clara diferencia con respecto a Ghioldi, reconocerle una realidad y no un mero espejismo. Por eso el programa mínimo podía ser

---

<sup>35</sup> Sobre este congreso, ver M. C. Tortti, *Estrategias del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*, Buenos Aires 1988; C. M. Herrera, «Carlos Sánchez Viamonte o el destino político de un jurista socialista», *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, 2001, p. 111.

asumido desde el poder por cualquier partido de la democracia burguesa. Incluso González va más lejos todavía: dictamina el fracaso definitivo de la política de moralización de la vida pública del PS también de cara a sus propios fines liberales, pese a haber logrado grandes mejoras en la vida de los trabajadores. Así, ese programa mínimo no podía constituir ya la razón de ser de un partido socialista, salvo si se quería quedar cristalizado en un partido minoritario de oposición [O, p. 24]. En otras palabras, la crisis del PS no tenía que ver con el régimen peronista, sino con la ausencia de perspectivas para la toma del poder. De lo que se trata entonces — la «oportunidad» que subraya González ante una nueva edad histórica — era de conducir a los trabajadores a esa conquista del poder político. Y ello solo podía hacerse asumiendo el programa máximo de socialización y supresión del salario, aquel que ningún partido burgués podía llevar a cabo, pero lo que implicaba también, abandonar el eje antitotalitario de lucha contra el peronismo.

### **La política del voluntarismo**

Las posiciones de González a favor de la asunción de un programa de socialización eran conocidas por su contrincante, ya que aquel las había planteado ante el Comité Ejecutivo del PS y en un artículo algo ambiguo, aparecido dos años con el título «El programa del Partido Socialista», antes en el órgano oficial del partido entonces. Es por ello que en un libro aparecido poco antes del Congreso, Ghioldi las calificaba, sin citar a su principal vocero, de «modos simples» de encarar las crisis<sup>36</sup>. Con todo, en esa obra pervive un esfuerzo de comprensión por el período de transformaciones que vivían los trabajadores, aun como «consecuencia no querida» del accionar peronista. Habla así de una impulsión social otorgada a las masas y de una dimensión de energía dada a las políticas gubernamentales, elementos positivos en un conjunto complejo. Empero en sus consideraciones terminaban primando los aspectos negativos, como «la perversión de jóvenes y obreros» o aun el «grosero menosprecio de los valores morales y culturales», sin duda, como ya lo hemos visto, por el lugar central que tiene el sostén de las masas en la permanencia del totalitarismo<sup>37</sup>.

Pero, cualquier elemento de apertura en el exámen del peronismo desaparece en el mismo momento en que se cuestiona la política del partido. No se trata solo de un simple alegato *pro domo*: tiene que ver con la preeminencia que da a la acción el político Ghioldi, esa «obligación de proceder, de actuar» como «imperativo moral de los hombres». Para él,

---

<sup>36</sup> Ver A. Ghioldi, *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la realidad argentina de hoy*, cit., p. 125.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 158.

como lo afirmaba cuatro años antes, «sabiéndonos poseedores de la verdad y la razón, no tenemos otra obligación moral que la de enfrentar las fuerzas del mal con todas las potencias del bien que seamos capaces de movilizar». Su respuesta a González, ya antes del Congreso, asume de entrada el carácter explícito de una defensa de la línea partidaria, y de su propia orientación doctrinaria a favor de un socialismo liberal.

La defensa empieza por negar especificidad a la crisis del Partido, que para él es la misma que sufren todos los sectores de la nación, y que tiene una única causa: «la inhibición producida por un régimen totalitario que ha terminado por controlar rígidamente todas las impulsiones de la vida» [T, p. 13]. Para Ghioldi, la posición de González — denunciada como «la más abundante catilinaria lanzada contra el Partido Socialista por inteligencias ilustradas de su propio seno» — peca sobre todo de abstracción, dejando planear la misma acusación que esgrimiera Repetto en el Congreso de 1934: la crítica es llevada a cabo por intelectuales universitarios. En un plano general, un profesoral Ghioldi refutaba la existencia de divisiones tajantes, y en particular aquella entre programas máximo y mínimo, negando que exista, en el fondo, un programa máximo que se diferencie del mínimo [T, p. 70]. En el plano partidario, defiende la continuidad del «método positivo» del partido, que consiste en traducir en hechos su concepción teórica, gracias, sobre todo, a la acción parlamentaria. Que el PS no tuviera los representantes para llevarla a cabo en ese momento no parecía ser para Ghioldi un dato relevante, habida cuenta que las mayorías peronistas habían sido obtenidas en (y gracias a) la ausencia de libertades públicas.

En sintonía con el Manifiesto del Comité Ejecutivo de octubre de 1948, que hablaba de destruir el régimen totalitario, no al capitalista, Ghioldi ubica «el problema del totalitarismo y la libertad como los más grandes problemas humanos y sociales de la hora actual» [T, p. 22]. El Estado totalitario — que llamará en esos años «el Estado-vampiro» — es una realidad sustancial, ubicada más allá de las clases sociales enfrentadas, y que se convierte en el centro de la lucha [T, p. 46-47]. Y si Ghioldi produce en su discurso observaciones lúcidas sobre la sobreexplotación del trabajo y la inflación, que reducía el valor del aumento nominal de salarios llevada a cabo por el peronismo, no deja nunca de ubicar como causas fundamentales de los triunfos electorales peronistas la falta de libertad para los partidos e individuos y el apoyo del aparato represivo, policial y militar [T, p. 18].

También emerge con nitidez en su réplica su visión de la inmadurez de la clase obrera argentina, oponiéndose terminantemente a las tesis de González, que juzga un error grueso y básico [T, p. 23]. Para Ghioldi, los obreros argentinos están lejos de haber alcanzado su máximo grado de maduración política y social, como lo pretendía su oponente; todo lo

contrario, la regresión está favorecida por la llegada de una nueva generación de trabajadores de origen rural, estos pueden ser fácilmente arrastrados por el «mito perónico» [T, p. 34]. Abonando la posición del PS, y que será luego una tesis defendida desde la sociología universitaria, Ghioldi sostiene que «las capas más antiguas del proletariado industrial son democráticas y comprenden el sentido reaccionario del totalitarismo». Por ello había resultado inimaginable a los socialistas argentinos «llegar a una situación en que los obreros sensualizados aceptaran no participar en la vida gremial autónoma, ni en las luchas políticas, y ser la nada en un mundo de náusea argentina (...) esta realidad de una clase obrera que ha perdido vigor gremial, capacidad política y que participa en movimientos histéricos e hipnóticos para la idolatría de un mandón militar» [T, p. 43]<sup>38</sup>.

Como no podía ser de otro modo partiendo de tales premisas, «la demolición de la teoría y la práctica de Perón es uno de los objetivos inmediatos y fundamentales de la acción renovadora y revolucionaria del Partido Socialista» [T, p. 23-24]. Pero como lo había afirmado el mismo año, «la clase obrera no ha sido el factor protagónico en las luchas contra el fascismo y las variadas clases de totalitarismo»<sup>39</sup>. Y de todos modos el desarrollo de un partido obrero «no es independiente de las formas políticas de la sociedad». En ese sentido, la conclusión de su discurso es la exacta antítesis de la posición de González: para Ghioldi el peronismo no puede más que llevar a un robustecimiento de la línea cívica, antitotalitaria y reformista del PS, ya que «la lucha contra el Estado totalitario es, pues, el primer objetivo del socialismo contemporáneo», su objetivo revolucionario actual. Más aún, «el verdadero dilema de la edad contemporánea es el de la democracia y el totalitarismo»<sup>40</sup>.

Las dificultades que el partido atraviesa — y que Ghioldi no puede ignorar — obedecen, en última instancia según él, a un déficit de la voluntad, a una disminución de su militancia, pero no de programa [T, p. 89]. Y esta debilidad, que tampoco era propia a los socialistas, estaba dictada por el miedo, un tema esencial del Ghioldi de aquellos años, que, influido por algunos temas de Erich Fromm, traduce el combate por la civilización en una lucha contra los miedos, llegando incluso a emprender una historia y una fenomenología política del miedo en Argentina. Y ante el miedo, la única respuesta es la acción<sup>41</sup>. Pero para

---

<sup>38</sup> La diferencia es notable con los momentos previos al 17 de octubre, donde Ghioldi acusaba al gobierno de «tratar al pueblo como a una masa de sensuales, egoístas y materialistas que todavía no han sentido la grandeza de una idea ni son, capaces de intuir, siquiera, ideales y valores sociales» («¿Mates vacíos o cabezas llenas?», 13/3/1945, en A. Ghioldi, *Palabras a la nación*, cit., p. 265).

<sup>39</sup> *Marxismo, socialismo...*, cit. p. 128.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 149, p. 153.

<sup>41</sup> Cf., en particular, A. Ghioldi, *Libros y Alpargatas ...*, cit., p. 32 y sq.; *La Argentina tiene miedo*, Montevideo, 1954, donde el miedo aparece como la variable en la lucha contra el peronismo. En el razonamiento de Ghioldi, el miedo ha hecho que el hombre caiga en la degradación, pero la lucha lo redimirá.

ello, el partido debía ser confortado en su línea, no debía dejarse ganar por la duda [T, p. 8]. Y en esto Ghioldi se mostraba fiel a su concepción de la política: «la verdad de las teorías — había escrito en su glosa del pensamiento de Justo de principios de los '30 — se prueban en la acción».

Para Ghioldi, también el programa del partido debía ser actualizado en función de las profundas transformaciones sufridas por el país y el mundo. Pero las consideraciones que realiza sobre Estados Unidos y Rusia, enmarcadas en un atlantismo tan incipiente como sólido, a lo que se suma su enérgica reafirmación de la importancia del liberalismo en la ideología socialista — le socialismo tiene la gran tarea «de convertir en liberales a las masas, muy propensas a las especulaciones demagógicas de las dictaduras y de totalitarismos» escribe en 1950 — anuncian, ya en estos años el giro derechista que asumirá el ala del PS que Ghioldi dirigirá hasta su muerte, en 1984.

\* \* \*

El programa de acción aprobado finalmente por el 37° Congreso marca el triunfo sin atenuantes de las tesis ghioldistas. Comienza reclamando «un Estado democrático y un gobierno civil: abajo el totalitarismo», y subrayando que «los argentinos quieren vivir sin miedo a la persecución en el trabajo, en la escuela y en la calle». El PS machaca sobre su magisterio, su «acción orientadora» sobre la clase obrera, llamando a esta a que eleve «sus miras políticas y sociales so pena de ver esterilizadas sus elementales conquistas». Pero el análisis de su situación bajo el peronismo no deja lugar a excepciones: al cabo de tres años «la clase trabajadora y el movimiento obrero quedaron tan perturbados y confundidos que se entregaron atados de pies y manos al gobierno, al que supusieron su guía y salvador». Y esta condena no es atenuada ni siquiera por una enumeración de huelgas que el programa recuerda a continuación. La prueba es que el Partido se contenta con llamar la atención de la clase obrera «sobre el estado de sometimiento en que vive», a la par que «incita a meditar sobre la situación anormal que sufre el país». Sin muchas esperanzas tampoco, puesto que el programa no deja de notar que «el conjunto de los problemas analizados escapa, a menudo, a la observación del pueblo», encandilada como está su mirada por el oropel demagógico.

Por cierto, se pecaría de idealista si se viera en el resultado del debate del 37° Congreso la determinación absoluta de la línea del partido en los años siguientes. Toda una serie de hechos, que comienzan con el forzado exilio de Ghioldi en Montevideo en noviembre de 1951, acusado de instigar la huelga ferroviaria, seguido del incendio de la Casa del Pueblo

en abril de 1953 y la ola de arrestos que toca a Palacios, Repetto, entre otros dirigentes nacionales, y que culminan con el otorgamiento de la personería jurídica del PS al grupo de Enrique Dickmann y su hijo, harán solidificar la línea anti-peronista más dura del partido, ya ratificada en el Congreso de Mar del Plata de 1953 pese a la permanencia de la contestación interna, en torno a la participación o la abstención en las elecciones nacionales. Producido el derrocamiento militar del General Perón, Ghioldi, recién desembarcado, retoma la dirección de *La Vanguardia* (que había reaparecido como una hoja del semanario socialista uruguayo *El Sol* en 1952 y distribuida clandestinamente en Argentina) e integra la Junta Consultiva Nacional, junto con Alicia Moreau, N. Repetto, y R. Muñiz. Desde allí sostendrá que el peronismo había producido una modificación de la substancia argentina, extirpando la dimensión mínima de moralidad y organizando en su lugar « un sistema institucional solo en base de las distintas variedades del mal, el vicio, la concupiscencia, la corrupción, la delación, el espionaje, la complicidad ». González, — que no había sido reelecto en el Comité ejecutivo en 1951, aunque será candidato a diputado nacional por la circunscripción 22 de la Capital Federal en ese mismo año —, no tendrá demasiado tiempo para actuar en ese primer período post-peronista: luego de un viaje de estudios por Europa, cae gravemente enfermo y muere el 6 de noviembre de 1955,. Pero sus posiciones de 1950 no dejarán de trabajar subterráneamente las discusiones del partido desde el enfrentamiento, tanto en los sectores que permanecen en el partido como aquellos que son expulsados por su acercamiento al peronismo<sup>42</sup>.

No se puede saber si el triunfo de la línea de González hubiese permitido reposicionar al viejo partido en la clase obrera. El valor de su postura era ver que si el peronismo era definido de entrada como mal totalitario, el PS se negaba toda posibilidad de actuar sobre la clase obrera, en una fase de ascenso político y económico, anclando la cuestión en el método mismo del partido, lo que alejaba su postura del simplismo que Ghioldi denostaba como la política de « Perón + 1 ». La acusación era un recurso polémico, pero no tenía sentido, ya que González veía en el peronismo, a lo sumo, la realización, y, al mismo tiempo, el agotamiento, de una lógica de reformas dentro del capitalismo, del tipo de las promovidas en el programa

---

<sup>42</sup> Así, Palacios sostendrá en 1953 que el programa mínimo se hallaba mayormente realizado. En un texto aparecido en inglés en 1951, José Luis Romero, subrayaba que la experiencia peronista implicaba un progreso social, « a la que las masas no renunciarán ». Y para él era justamente el fenómeno social que tenía trascendencia, y no lo político, que era para él circunstancial. « Tendencias de las masas en Argentina » (1951), ahora en J. L. Romero, *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, 1989, p. 37 y 38. Las posiciones de González se reflejan en las posturas de los dos expulsados del PS por sus sendos « acercamientos » al peronismo, E. Dickmann (donde se unen algunos de los expulsados en 1948) y D. Cúneo. Ver F. Luna, *Perón y su Tiempo*, T. II *La comunidad organizada 1950-1952*, (1985), Buenos Aires, 2000, p. 194-200.

minimo. Lo que sostenía, sin duda de manera algo confusa, era romper con esa política de reformas, a partir de la perspectiva “revolucionaria” de la socialización.

Pero su principal límite era justamente no cuestionar al mismo tiempo el modelo de partido que había permitido la transformación del programa mínimo en programa único. En todo caso, sus predicciones sobre la suerte que esperaba al partido como mero grupo de oposición se cumplieron con creces. En efecto, la orientación ghioldista — perennizada a partir de 1958 en el llamado PS Democrático —, ya no solo mantuvo al socialismo lejos de las masas, sino que terminó alejándolo también de toda política de izquierda. Por otro lado, si en aquella división de 1958 el problema de la actitud a tomar ante el peronismo aparece como uno de los componentes centrales, en los posteriores y sucesivos desgajamientos que sufrirá el ala anti-ghioldista a partir de principios de los años 1960 entraron a jugar otros factores nuevos, como la aparición de un modelo socialista en Cuba. Pero no es casual, finalmente, que esa juventud que admiraba tanto a González, y que se encolumna detrás de él en el Congreso de 1950, motorice los cambios del PS que comienzan a institucionalizarse en 1956, con la evicción del propio Ghioldi de la dirección de *La Vanguardia*. Era el inicio de nuevas vicisitudes, pero no de otra historia.

París, octubre 2002